

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La que tú has destinado

(Leer Génesis 24)

“Dios... no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome el Señor en el camino”. Génesis 24:27

Abraham estaba envejeciendo. Isaac, después de la muerte de su amada madre, sentía un gran vacío en el hogar. Pero, ¿cómo podía llenarlo, si todos los que lo rodeaban eran cananeos idólatras? (Más tarde sus descendientes se casarían con las hijas de Moab, pero el resultado de estas uniones sería desastroso –véase, por ejemplo, Números 25). No obstante, la promesa que Dios había hecho a Abraham era muy real: la simiente de Abraham por medio de Isaac llegaría a poseer el país. Por lo tanto Isaac debía casarse y tener hijos. Entonces debía creer y esperar, le eran necesarias la fe y la paciencia.

Antes del fallecimiento de Sara habían recibido noticias de la familia que Abraham había dejado en la alta Mesopotamia. Su hermano Nacor también había tenido hijos, de los cuales descendía Rebeca. Al fin, un día, Abraham tomó la decisión de confiar a su criado mayor la misión de ir allí a buscar una esposa para su hijo. Isaac no debía, de ninguna manera, volver al lugar que Abraham había dejado por mandato de Dios. Era, pues, la joven quien debía seguir el ejemplo de su antepasado y dejar su tierra y su parentela.

El criado recorrió el largo trayecto que Abraham había efectuado muchos años antes. Cuando, al atardecer, llegó

a la ciudad donde vivía Nacor, hermano de Abraham, se preguntaba cómo hallar a la joven a quien Dios había destinado para su señor Isaac. En esa ciudad extranjera no conocía a nadie; su único recurso era la oración. Entonces se detuvo junto a un pozo de agua y suplicó: “Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro” (Génesis 24:12). ¿Qué prueba designaría a la elegida? El criado fue impulsado a pedir que fuese una joven muy servicial.

Y antes de que él terminase la oración, Rebeca llegó con su cántaro. El criado se dio prisa a pedirle agua. La joven se apresuró, no sólo a calmar la sed del extranjero sediento, sino también la de sus camellos. ¡Cuántos pasos, cuántos cubos de agua tuvo que sacar para que los diez animales quedaran saciados! El hombre estaba maravillado, pero calló hasta saber si Dios había prosperado su viaje o no.

Era indispensable saber de quién era hija esta joven. Si a pesar de sus virtudes no pertenecía al linaje de la fe, no podía ser la esposa idónea para Isaac. “Soy hija de Betuel hijo de Milca, el cual ella dio a luz a Nacor” (v. 24). Tan pronto como el criado oyó esta respuesta, se inclinó y adoró a Dios: “Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome... en el camino” (v. 27).

Cuando llegó a la acogedora casa, contó a los presentes su maravillosa experiencia. Primero se presentó, habló de su amo y de su hijo Isaac a quien su padre había dado todo cuanto tenía. Luego contó su misión, su oración y la respuesta de la cual había sido testigo: “Dios de mi señor Abraham... me había guiado por camino de verdad” (v. 48). Después de que la paciencia y la fe del criado fueron puestas a prueba, llegó la respuesta.

“De Jehová ha salido esto”, exclamaron Betuel y Labán. No podían negarse. La dirección de Dios era muy evidente en las circunstancias que habían llevado al criado a pedir la mano de la joven. Sólo faltaba el consentimiento de Rebeca. En su corazón se hizo oír la misma voz que antaño había oído Abraham: “Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré” (Hechos 7:3). ¿Qué respondería? ¿Seguiría el camino de la fe para unirse a aquel que había recibido las promesas divinas, o preferiría seguir viviendo en su país natal? Entonces preguntaron a la joven: “¿Irás tú con este varón? Y ella respondió: Sí, iré” (v. 58).

La decisión había sido tomada. Durante el largo viaje hacia Isaac, su futuro esposo, quien la esperaba, el criado tuvo tiempo para hablarle de las riquezas y de la gloria de su señor. Llegó el momento en que Rebeca vio a lo lejos una figura humana que se acercaba; entonces preguntó: “¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?”. Y el criado respondió: “Este es mi señor” (v. 65).

Destinada para Isaac, ahora Rebeca era toda para él. Por él se cubrió con su velo. Isaac la llevó “a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó” (v. 67).

Feliz aquel o aquella que pueda experimentar igualmente la guía de Dios, paso a paso, hacia el cónyuge que él le ha destinado. *(Autor anónimo)*

Unidos por Dios

Las palabras de Mateo 19:6: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”, nos muestran lo que es el verdadero matrimonio según los pensamientos de Dios. La obra divina consiste en acercar dos corazones, dos vidas, y unirlos en un amor que procede de Dios. Dios mismo une dos

seres en un corazón y una carne mediante vínculos indisolubles por parte del hombre. Es ciertamente algo mucho más elevado que una simple ceremonia legal o religiosa que declara a un hombre y una mujer esposo y esposa, aunque esto también sea necesario para cumplir con las leyes civiles de cada país.

Si el matrimonio es la voluntad de Dios para usted, es muy importante que este delicado asunto sea solemnemente considerado a la luz de la Palabra de Dios. La joven o el joven en quien usted piensa, ¿es el que Dios ha elegido para que sea su compañera o compañero de por vida en santo matrimonio? Y, ¿está usted seguro de que la persona de su elección es la única a quien usted pueda unirse de esta manera, que es claramente la voluntad de Dios que tal unión se lleve a cabo?

El cristiano es advertido a no unirse “en yugo desigual con los incrédulos” (2 Corintios 6:14). De conformidad con esto, cuando un cristiano se une en matrimonio con un inconverso, no es Dios quien los junta. Casarse en el Señor (1 Corintios 7:39) es reconocer Su señorío y autoridad en este solemne paso (véase Lucas 6:46); es casarse con quien el Señor ha elegido para uno.

(Extracto de «El hogar cristiano», R. K. Campbell)

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).